

MALENKA RAMOS

EL JUEGO DEL LOBO

CONTRALUZ

MALENKA
RAMOS

El juego del lobo

Diseño de colección: Estudio Sandra Dios

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Malenka Ramos, 2025
© Contraluz (GRUPO ANAYA, S. A.)
Madrid, 2025
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.contraluzeditorial.es

ISBN: 978-84-19822-66-6
Depósito legal: M. 357-2025
Printed in Spain

*A mi abuela Soledad, que hasta el último momento
siempre llevó en sus manos uno de mis libros.*

PARTE 1

QUE VIENE EL LOBO

El lobo ha matado a la oveja,
un, dos, tres, pero tiene hambre,
un, dos, tres, le gusta la carne.

AÑO 1854

El padre Bosco despertó algo inquieto. Se vistió apresuradamente y, tras colocarse el alzacuellos y el abrigo, se dirigió hacia la cuadra y subió a lomos de su burro. Decidió que desayunaría algo cuando llegara a Mengollo. Tardaría un par de horas a lo sumo. Pero la nieve comenzaba a derretirse y los caminos volvían a trazar sus serpenteantes filigranas sobre el sotobosque, y aún le quedaban aldeas que supervisar. El norte era un lugar frío, a veces demasiado cruel para muchas personas que apenas tenían una casa adecuada que les protegiera de los zarandeos del clima, y aquel invierno había sido devastador, dejando muchas aldeas aisladas durante meses.

Los alimoches empezaban a sobrevolar el bosque. Dos cuervos acompañaban a Bosco hasta alcanzar la cima de la colina como viejos amigos a los que hacía tiempo que no veía y el sol daba sus primeros coletazos primaverales. Era difícil avanzar a mucha velocidad, sobre todo al dejar el bosque y enfilarse la colina; el camino se estrechaba, había que atravesar un pequeño puente de madera tan desvencijado como peligroso y a veces el burro se encabritaba por algún lobo que se acercaba más de la cuenta. Se

entretuvo imaginándose el pan con tocino que le esperaba al llegar a Mengollo y casi se olvidó de la extraña sensación que le venía acompañando desde que inició su camino. Al coronar la colina, divisó el pueblo y las pequeñas casitas de piedra con sus largas chimeneas. Asomaban a lo lejos con su eterno aspecto decadente. Le sorprendió que con aquel frío ninguna de ellas estuviera encendida. La maleza había crecido en el frontal de la iglesia de Santa Pría y las puertas de madera permanecían abiertas. Extrañamente abiertas. Descendió del animal, se colocó la escopeta en bandolera —siempre la llevaba a cuestas por si le salía algún animal por el camino— y avanzó hasta la primera casa. Llamó a la puerta y se giró para observar. El silencio era sobrecogedor. Ni siquiera los pájaros se hacían notar. Sintió una extraña palpitación, levantó la tranca de madera y asomó la cabeza. Había un hombre tirado en el suelo boca abajo con el pantalón de lana desabrochado y una sola bota puesta. Una única mosca descansaba golosa sobre su pie descalzo. Bosco dio un paso atrás y trastabilló hacia la calle. Corrió hacia la iglesia. Su fachada se mostraba inmensa, la hiedra trepaba hasta una ventana y se colaba traviesa entre los barrotes de hierro que la protegían.

Antes de llegar, en un banco de madera, vio a un hombre sentado bajo una de las ventanas de su casa, por lo que se desvió para acercarse a él. El tipo tenía la gorra calada hasta los ojos, la cabeza inclinada hacia adelante y la lengua fuera; morada, putrefacta. Su barba rala, entre gris y blanca, apuntaba puntiaguda hacia el suelo. Bosco gritó, se tapó la boca con un pañuelo que sacó del bolsillo

del abrigó y reculó hacia la iglesia. El aire apenas zaran-
deaba las ramas de los árboles.

Ya en el edificio, accedió a la capilla con la escopeta
entre sus manos temblorosas. Su aliento formaba nubeci-
tas de vaho. Había dos mujeres sentadas en el primer ban-
co como dos gemelas. Bosco avanzó hacia ellas. Llevaban
la cabeza tapada con sendos pañuelos blancos, y dos enor-
mes bufandas a modo de mantas descansaban sobre sus
hombros flacos. Las mujeres presentaban unos rostros ca-
davéricos, y una de ellas tenía la boca abierta en un grito
mudo. Sobre sus rodillas sostenían unas pequeñas biblias.
Sus dedos gordos y violáceos se retorcían con desespera-
ción entre las cuentas de un rosario. El cadáver de un
chico joven yacía sobre el altar. Tenía la cara apretada so-
bre la encimera y las piernas colgando como un títere.
Otro vecino se aferraba a una cruz en un abrazo funesto.
Había un icono de un santo en mitad del presbiterio, los
candelabros estaban volcados y dos cuerpos más parecían
dormir aferrados a las figuras de dos santos que se ha-
bían desprendido del retablo central.

—Santo Dios, ¿qué es todo esto? —Un súbito senti-
miento de espanto se apoderó de él. El miedo era una
emoción primaria que no solía experimentar a menudo.
En ese instante su ritmo cardíaco se aceleró, y podía es-
cuchar el golpeteo contra sus costillas ante aquel escena-
rio macabro.

Percibió, por el rabillo del ojo, algo en el exterior. Se
acercó a la ventana de su izquierda, pegó la cara al cristal
y vio tres cadáveres en mitad de un patio junto a dos pe-
rros y tres gallinas. Todos estaban muertos.

—Cristo bendito, ayúdame. ¿Qué ha pasado aquí?

Salió despavorido del templo. Recorrió las pequeñas callejuelas tambaleante abriendo cada puerta, cada ventana que encontraba a su paso, pero lo único que hallaba eran cadáveres y más cadáveres. Dos niños en sus camas tapados con mantas, una mujer inclinada sobre un brasero con el delantal colgando aún de sus huesudos dedos. Los restos de una cabra famélica lo miraban desde el rincón de un huerto junto al que yacía una mujer joven y un caldero volcado. Bosco sintió que le faltaba el aire y apoyó la mano en una verja de madera. Vomitó la nada, pues tenía el estómago vacío, y notó un sabor rancio en la boca. Se limpió con la manga del abrigo, trató de mantener la calma y se encaminó hacia el otro lado del pueblo, donde un grupo de vecinos, a muchos de los cuales conocía de ir a la iglesia, parecían haberse desmayado en mitad de la Plaza Mayor. Un tipo enorme con tirantes y patillas se había derrumbado sobre otros dos y formaban una especie de torre de harapos mugrientos. De haber podido pararse a pensar, algo prácticamente imposible en aquel momento, no habría podido precisar el tiempo que toda esa gente llevaba muerta. Había cadáveres en condiciones deplorables, otros parecían haber sido cubiertos de nieve, pues estaban mejor conservados que los que yacían dentro de las casas y todavía tenían una fina pátina de escarcha en las cejas y el pelo.

Cuando regresó hasta su burro, el corazón le latía a mil por hora y tenía la cara del color del alabastro. Tomó las riendas con manos temblorosas, se apartó la escopeta con torpeza y subió al jumento tropezando con los fal-

dones de su vestimenta. «Ni una chimenea encendida», había pensado al llegar, y ahora sabía la razón. Debía regresar a su feligresía y avisar a la rectoral, pero estaba tan asustado que no tenía fuerzas ni para espolear al burro. Se quedó allí plantado observando el pueblo con los ojos llorosos y la cara hirviendo de puro terror. Miró hacia su derecha y vio la figura larguirucha de una mujer en mitad del campo. Esta pareció sonreír, levantó un brazo y señaló con un dedo hacia algún lugar del bosque. Su vestido aleteó sobre la hierba. Bosco se volvió bruscamente hacia el lugar adonde apuntaba, pero allí no había nadie.

—Esto es obra del diablo.

«Ni una chimenea encendida», dijo su mente.

«Estaban abrazados a los santos». «En la iglesia».

De repente oyó la risa inocente de una niña y el burro se encabritó. Bosco estuvo a punto de caer, o de pegarse un tiro; la escopeta se le clavó en la espalda, todo su cuerpo se escoró hacia un lado y tuvo que agarrarse con fuerza a las bridas. Una dentellada, mezcla de dolor y miedo, le atravesó el pecho y le ayudó a azuzar al animal y salir zumbando de allí; montaña abajo, colina arriba, galopando como en su vida con la extraña sensación de que no podría dejar nunca atrás aquel pueblo y la visión espeluznante de todos sus habitantes muertos.

«Abrazados a los santos».

«Sentados en la iglesia».

Todos muertos. Muertos en las calles, muertos en las casas. Muertos en la iglesia rezando por sus almas. Bosco

trotó durante mucho tiempo hasta llegar a un claro, bajó del burro y vomitó de nuevo bilis y sangre.

—Hay que quemarlo todo... —susurró temblando—. Es obra del diablo.

Sábado, 17 de febrero de 2024

—¿Qué demonios estamos haciendo aquí? Esto es el puto culo del mundo.

Bruno se volvió para observar la pequeña iglesia prerrománica que había a un lado de la carretera, rodeada de un jardín y cercada por un murete de no más de unos sesenta centímetros de alto. Distinguió a lo lejos una porción de terreno delimitado por una valla con una diminuta casa de aperos y un huerto. El cielo estaba encapotado, cubría aquel lugar como una cortina de humo gris y se notaba la humedad. Estaba seguro de que la niebla no tardaría en bajar; el aire se sentía denso, frío, pesado.

—Un favor. —Adam se levantó el cuello del abrigo y se cruzó de brazos para resguardarse del frío—. Tengo un buen amigo que trabaja en la UCO, su unidad es la que lleva esto, y me ha pedido que venga y me traiga a uno de mis hombres de más confianza.

—De más confianza... —repitió Bruno muy bajo.

—Me gustan estas iglesias. Son hermosas.

Las enormes puertas de la iglesia estaban abiertas y un grupo de la científica salió. Bruno detectó una silueta encorvada sobre unos arbustos que parecía vomitar. Era una mujer pequeña que se estaba quitando el gorro blanco que llevaba mientras hacía movimientos espasmódicos. Le recordó las arcadas de los gatos cuando soltaban una bola de pelo.

—Comisario De la Cruz. Sí que has crecido...

La voz grave de un hombre muy alto que se acercaba a ellos sacó a Bruno de sus meditaciones. El tipo llevaba una gabardina negra y tenía un bigote ralo y estrecho recortado a cuchilla. Adam se volvió hacia él y se dieron la mano. Ya rondaba la edad de jubilación.

—Tú sigues igual, amigo.

—Me alegro de verte, Adam. Gracias por venir.

—Este es Bruno Dávila. Un buen amigo y un buen policía. Bruno, es Leo Corván, coronel en activo de la Unidad Central Operativa.

Corván le tendió la mano y Bruno la sujetó con firmeza.

—Un placer conocerte. —Se volvió hacia De la Cruz—. Ahí dentro tenemos una maldita locura. Si te pedí que cogieras un vuelo de inmediato es porque no podía prolongar mucho más la espera para el levantamiento de los cadáveres, pero nos ha llevado tiempo analizar la escena y no es agradable. Llevamos toda la noche aquí.

—¿Qué tenemos? —De la Cruz se situó a su lado y avanzó con Bruno a poca distancia.

—Es una iglesia parroquial —comentó Corván—. No tiene un acceso libre; el interior tiene tres arcos, y los cadáveres están desperdigados por toda la planta.

—¿Cadáveres? ¿Hay más de uno?

—Hay varios, Adam. Lo sorprendente es que presentan distinto grado de putrefacción.

—Eso es llamativo —dijo Bruno, que, cuando los dos hombres lo miraron, añadió—: A menos que los hayan matado en días diferentes.

—Hay cadáveres con una descomposición inicial, otros ya están hinchados por los gases internos.

El interior de la iglesia estaba rematado por tres arcos. La sacristía se situaba en el arco central, coronada por un enorme crucifijo y un Cristo. Los bancos no estaban dispuestos del modo tradicional, no miraban todos hacia el altar. Se dispersaban formando cuadrados regulares, como si los feligreses hicieran grupos de apoyo a alcohólicos anónimos. Los muros y las bóvedas estaban cubiertos de pinturas sobre el estuco con distintos pasajes religiosos. Bruno observó un momento hasta que detectó el primer cadáver.

—Joder...

Era una mujer, sentada en uno de los primeros bancos. Su espalda arqueada se inclinaba hacia delante, los hombros cubiertos por una chaqueta de punto. En un primer vistazo pensó que era algún compañero, pero nada más lejos de la realidad. Dos cuerpos más. Dos hombres. Uno descansaba junto a un atril de madera, sus manos apoyadas sobre una biblia. Se mantenía aún en pie gracias al faldón del atril, que le hacía de sujeción. Tenía la cabeza inclinada hacia delante, como si rezara, y los ojos muy abiertos. El otro hombre estaba en el suelo, entre el primer arco abovedado y la pared. Su cuerpo era una mara-

ña de telas y faldones que parecían corresponder —aún no lo tenía del todo claro— al cura.

—No debieron dejarlo así —dijo el coronel al ver que se quedaba mirando al hombre—. Creemos que lo colocaron de alguna manera y el cuerpo no lo soportó. Es el cadáver con la putrefacción más avanzada.

Los puntos de luz colocados por el equipo de la científica enfocaban al hombre. Tenía el rostro violáceo e hinchado, la boca abierta y la mejilla derecha ennegrecida. Aquel cuerpo había estado en contacto con el suelo justo del lado de esa mejilla; era una característica de la putrefacción en estado avanzado.

Adam observaba a la mujer del banco con mucha atención.

—¿Quiénes son estas personas?

—Si tu pregunta es si pertenecen a alguna congregación religiosa, la respuesta es que no lo parece. Estamos tratando de averiguar su identidad.

Todo lo que pudo leer en el transcurso de la hora y media que duraba el viaje y el consabido paseo en coche hasta aquel pueblo perdido de la mano de Dios fue breve. Lambra era un pueblo de siete mil habitantes situado en el norte del país, encajado entre dos valles asturianos y limitado por un angosto desfiladero entre paredes calizas por donde circulaba una suerte de camino de cabras con unos doscientos años. Al bajar del coche, pisó una mierda de vaca que casi le enterró el zapato hasta el tobillo. Aún sentía el olorcillo lejano, por más que se pasó media hora limpiándose con una bolsa de toallitas húmedas que le dieron.

—Ojo con el suelo —le dijo Adam. En ese momento él no lo entendió.

Hacía siglos que no salía de la ciudad, su sistema arácnido para las trampas de la naturaleza se había entumecido con el paso de los años. Su madre lo llamaba «señorito de ciudad» y Bruno no tenía nada que alegar ante esa afirmación porque no le faltaba razón. Varias cagadas de vaca después, que pudo sortear valiéndose del escaso arte de una bailarina poco diestra, se toparon de frente con un tipo con una gorra calada hasta los ojos, un palo que le servía de apoyo y una mirada déspota. Cuando le preguntaron por la iglesia, apretó la lengua contra los dientes y soltó un gargajo entre las dos paletas que salió disparado describiendo una trayectoria perfecta y limpia. Se hundió más la gorra y apuntó con el palo hacia algún lugar.

—P'allá.

«P'allá» resultó ser una expresión de lo más ambigua, pero siguieron el sendero que el hombre señaló con el palo y media hora después lograron ver el campanario. Por el camino, Adam hacía gala de su buen humor y comentaba lo bonitos que eran los pueblos de montaña. Bruno no tenía claro si ese era un plan que escogería para pasar unos días de descanso. Había ovejas balando, perros ladrando, gente farfullando a lo lejos cuando atravesaron el pueblo. Aquel lugar parecía vacío hasta que cruzaron la Plaza Mayor y se toparon con una especie de manifestación multitudinaria.

—Ese debe de ser uno de los bares de moda —le dijo Adam.

Bruno simplemente se limitó a asentir preguntándose por qué habían decidido dejar el coche abajo si tenían que subir «p'allá», que venía a ser lo mismo que patearse medio pueblo. Y luego estaba el secretismo del caso. Hasta que llegaron allí, nadie les dijo lo que se iban a encontrar: tres cadáveres en una iglesia, tres muertos con diferente grado de descomposición.

—Eh.

La voz de Adam lo sacó de sus cavilaciones. Se había quedado dándole vueltas junto al cadáver con faldones que yacía en el suelo. Cuando lo miró, sujetaba una bolsa de plástico con un papel dentro.

—Estaba junto a la mujer.

Alguien había escrito con lápiz la palabra «REMORDIMIENTO».

—¿Cuál es la causa de la muerte? —Bruno no había visto heridas de bala ni sangre en ningún lado.

El coronel pasó entre dos bancos y dijo:

—Ese es el problema. No tenemos ni idea de momento, pero creemos que pueden haber sido envenados. Tendremos que esperar el informe forense.

Detectó la duda rabiosa en los ojos de Adam cuando este se acercó un poco más a su amigo y le preguntó:

—Leo, ¿qué tiene de especial todo esto para hacerme venir hasta aquí? Me parece raro que tu equipo no pueda hacerse cargo del caso en su totalidad. Tres muertes en una iglesia por un posible envenenamiento. ¿Para qué necesitas a la Brigada de Investigación de Madrid? La UCO es más que suficiente.

Leo Corván miró de soslayo a Bruno, pero este se hizo el despistado. Como era de esperar, se comunicaba telepáticamente con Adam para saber si él era de fiar o no.

—Leo...

Adam insistió y Corván le pasó la mano por el hombro y casi lo obligó a caminar hacia una puerta situada a la derecha del primer arco. Junto a ella, un enorme armario de madera macizo que alguien había arrastrado dejando surcos en el suelo.

—No necesito a la Brigada, te necesito a ti. Esto no es todo. Porque la razón por la que te he llamado está ahí dentro. No queremos levantar la liebre y que alguien se vaya de la lengua. Esto es un pueblo. Incluso la científica puede hacer algún comentario en el pueblo y que alguien lo escuche, así que lo mejor es ser cauto hasta que tengamos las autopsias.

Cuando uno de los de la científica, de tez rubicunda, abrió la puerta y salió, Bruno aprovechó para ojear la habitación que tenía detrás. Había una mesa contrachapada, un enorme tapiz medieval colgado de la pared y dos candelabros sobre una repisa bajo la que se veía una chimenea. El coronel hizo un gesto para que entraran y Adam pasó delante y se mantuvo a un lado mientras aquel hacía crujir la madera del piso bajo sus pies. Había un sillón de cuero enorme en el lado izquierdo junto a una librería repleta de libros y una ventana.

—¿Qué coño...?

Y una mujer. Sentada en la butaca. Tenía los ojos hundidos y amoratados, la cabeza inclinada hacia delante, pero su mirada se mantenía fija entre ellos y la puerta,

como si en cualquier momento fuera a levantarse y salir corriendo. Su cabello negro y seco le caía por delante de la cara infundiéndole un aura tétrica y malévol. Los dedos índice y corazón de la mano derecha, apoyada en el reposabrazos, se separaban ligeramente para sujetar una copa de cristal con un líquido oscuro dentro, pero cuando Bruno se aproximó un poco más, se dio cuenta de que ambas manos estaban grapadas al sillón y les habían arrancado las uñas. Bajó la vista despacio, examinando el vestido color ceniza, la chaqueta de lana, los pies descalzos, violáceos, también grapados al suelo. Levantó la vista de los pies y examinó su rostro afilado, pétreo, diabólico. Parecía una bruja escapada de un cuento. De la boca escapaba una especie de hilillo oscuro que desaparecía en la curva de la barbilla.

—Explícame esto. —Adam observaba con atención el rostro de la mujer. Se agachó despacio delante de ella y, sacando un bolígrafo del bolsillo interior de la chaqueta, apartó un mechón de pelo y la miró fijamente.

El coronel avanzó por la habitación. Adam se había quedado totalmente inmóvil y en silencio.

—Inicialmente... presenta tres agujeros en la nuca, tres perforaciones de taladro. Le han quitado varias piezas dentales y tiene signos de tortura.

Adam se incorporó, pero seguía escudriñando aquella cara cadavérica.

—¿Por qué sigue aquí clavada?

—Dimos con ella cuando se hizo de día. La puerta estaba oculta por un armario de madera que pesaba un quintal. Tapaba totalmente esta sala.

—Y me llamaste a mí. Sigo viendo...

El coronel se metió la mano en el bolsillo de la gabardina y sacó un guante. Se lo puso y, cogiendo la punta del vestido de algodón, lo levantó. Tenía una herida en el muslo derecho hecha posiblemente con un cúter.

«Hola, comisario De la Cruz».

Adam miró a Bruno y este susurró:

—Me cagüen la puta.

—Vas a tener que empezar a hacer memoria, amigo. Has cabreado a alguien.

Durante un breve instante, se produjo un silencio inusual. El coronel se había apoyado en la mesa de madera maciza y mantenía la vista perdida en algún punto de la alfombra persa que tenía bajo sus pies. Llevaban tiempo analizando la escena del crimen, y Bruno pensó que era el momento de hablar. Un pensamiento que pareció hacer efecto en aquel hombre, que se acarició el pequeño bigote con dedos diestros y dijo:

—Estamos casi seguros de que han sido envenenados, aunque no descartamos que ellos mismos ingirieran el veneno. —El comentario hizo que Adam lo mirase—. Ya sabes, talio, ácido prúsico, la famosa hierba rompecorazones que provoca arritmias cardiacas y la muerte... Sacamos varias trazas de cabello del cadáver que estaba en el suelo, se le estaba cayendo. Varios de estos venenos provocan la caída del pelo cuando los ingieres. La idea de que esa gente matara y escondiera a esa mujer de la habi-

tación y luego se suicidara era una posibilidad hasta que vimos el estado de descomposición de los cadáveres.

—¿Y qué se supone que tengo que ver yo con esto?

—Adam, no lo sé. Es lo que tenemos que averiguar. Mientras se analizan los cuerpos, trata de rebobinar mentalmente un poco. Algún asesino en serie que hayas encerrado, familiares, amigos... Incluso casos sin resolver, no sé. Lo que está claro es que quien ha hecho esto escribió tu nombre en la pierna de la víctima, así que como mínimo quiere llamar tu atención.

—Puede que sea un ególatra que conoce su trabajo y considere que él es quien debe llevar la investigación —dijo Bruno—. No sería raro que algún pirado sintiese cierta devoción insana por uno.

La Brigada de Investigación que comandaba Adam se reunía un par de veces al mes en un restaurante chino del centro de la ciudad, donde servían unos rollitos primavera insuperables. Los de delincuencia económica y fiscal también solían ir por allá tras correrse el rumor de que por doce euros uno podía ponerse hasta arriba de comida. Bruno era el único del equipo que solía mostrarse prudente con la cantidad, no le sentaban bien ciertos picantes y salsas. A él la comida no le suscitaba demasiado interés, pero el curri estaba bueno y el pollo con coco era otro nivel. Por alguna extraña razón que nunca llegaron a entender del todo, un chiflado comenzó a llamar al restaurante los días que cenaban allí, preguntaba siempre por Adam y les anunciaba que iba a cometer un asesinato. Nunca pasó nada, nadie mató a nadie y las llamadas se interrumpieron. Dos meses después, Adam se enteró de que era el sobrino

pirado del dueño del restaurante, un chico de unos veinte años, poco espabilado, que estaba obsesionado con las películas policíacas y los casos de crímenes y tenía demasiado tiempo libre. Vivía en la planta de arriba y los oía llegar. Bruno lo vio alguna vez agazapado tras la puerta de la cocina observándolos; otras veces se sentaba en las escaleras de servicio y acechaba acurrucado contra la pared. Que pudiera o no pensar en cometer un delito llegado el momento no resultaba descabellado, aunque luego todo quedó en nada. Pero era Adam. El chico tenía cierta obsesión y curiosidad por él. Quizá porque Adam representaba el poder, con una presencia joven y amable. Un tipo de solo cuarenta años, rubio, de ojos claros y sonrisa agradable que siempre hablaba muy bajo y solía sonreír sin una razón aparente. Su aspecto distaba mucho de la imagen habitual de un comisario, pero era un tipo que se había volcado en su carrera hasta la extenuación para llegar hasta donde estaba, la escala superior de la policía judicial.

Adam se apartó en ese momento para atender una llamada y el coronel se acercó a Bruno.

—¿Por qué te escogió a ti? ¿Eres su mejor hombre?

—Eso dice —comentó él sin ganas—. Estudiamos juntos en la universidad. Hace tiempo que nos conocemos. Yo acabé en el ejército un tiempo después y dejamos de vernos.

—Entiendo. ¿Cuánto llevas en la brigada con él?

—Casi desde que se puso al frente. Quizá dos años después de ser nombrado comisario. Más o menos.

Obvió el detalle de su reencuentro. Él, borracho como una cuba en un local de cuestionada reputación. Su ami-

go había pasado por delante y lo vio fumando en el pasillo del vestíbulo. De esa noche recordaba más bien poco, solo a Adam cargando con él para meterlo en un taxi de vuelta a casa, logro que no consiguió culminar al recibir sobre sí, ya en el ascensor del edificio, un vómito especialmente copioso. Bruno había visto miseria, pero nunca le había tocado de cerca. Había vivido situaciones de lo más extrañas tras regresar del ejército, todas ellas envueltas en una leve pátina de alcohol y en las que él solito se metía, pero nunca le había faltado de nada, tenía una buena familia, novias que le duraban muy poco y amigos. Pero a Adam siempre lo recordaba distante, ajeno a cualquier fiesta multitudinaria en la universidad, a la vida estudiantil, y siempre absorto entre libros. Estudiar con beca era lo que tenía; uno no se podía relajar. El Estado no pagaba los estudios a los vagos.

—La vida... nos separó un tiempo, sin más —dijo entonces—. ¿Y tú?

Adam no era un tipo que hablara de su vida, ni siquiera con sus más allegados.

El coronel dejó escapar una suerte de risa suave.

—Lo sé... Coincidí con él en varios cursos cuando se graduó. Yo los impartía. Es lo que se suele llamar un cerebritito. Es bueno en lo que hace.

—Eso es cierto.

—Jefe. —Un hombre de unos cincuenta años, con una calva incipiente, se aproximó a ellos cuando Adam regresaba de atender su llamada. El tipo tenía el rostro quemado por el sol y sus ojos se movían bajo la sombra de unos párpados descolgados—. Ya está todo listo para

el levantamiento de los cadáveres. La forense y la judicial ya han tomado muestras y fotografías de todo.

—Bien. Yo voy a acompañar a esta gente al hotel donde se van a alojar —dijo, y se volvió hacia ellos—. Dejaré que os pongáis cómodos y comeremos juntos. Intentaré daros toda la información de la que dispongo en este momento.

Adam se había quedado mirando la pequeña casa de aperos.

—Leo —dijo con suavidad sin apartar la vista de la huerta. Este lo miró—. Espero que hayas reservado dos habitaciones.

—¿Por quién me tomas?

Adam sonrió.

—La UCO tiene fama de pesetera. No me apetece dormir en la misma habitación que un tipo que ronca como un oso.

—¡Oye! ¡Yo no ronco!

—Eso es lo que dicen todos los que roncan, y tú lo haces.

Bruno se lo quedó mirando con indignación cuando pasó a su lado y luego se volvió hacia el coronel.

—Está mintiendo.

—Ya, bueno... Será mejor que volvamos al pueblo. Es casi la hora de comer.

